



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
III "ALFONSO H. AGUIRRE"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Algunas semanas después, llegaba al castillo de Fresnes, una persona que casi nunca iba por allí: era la condesa Julia de Bruce, hermana del conde Patricio. Habitaba en las cercanías de Cherbourg, cerca del mar, un hotel agreste, en donde vivía entregada á la agricultura y á hacer obras de caridad, y de donde únicamente salía en circunstancias extraordinarias de familia. Su llegada, como ella decía, equivalía á un sacramento, puesto que era infalible presagio de matrimonio, de bautizo ó de muerte.

La condesa Julia, á pesar de este nombre juvenil con que siempre la llamaban, era septuagenaria. Era una viejecilla de ademanes resueltos, que

vestía con extremada limpieza, aunque con monástica sencillez. Estaba viuda desde hacía cincuenta años, y siempre fué imposible saber qué clase de hombre había sido el conde Bruce, porque ella nunca hablaba de él, y cuando la interrogaban acerca de su larga viudez, respondía:

—Los cinco meses que estuve casada, han bastado para darme á conocer la poquisima importancia de ese divertimento.

Esto era todo lo que se sabía del conde.

La anciana llegó muy temprano la víspera del día señalado para el matrimonio de su sobrina con Lionel Rias. Este, que desde hacía algún tiempo vivía instalado en el Pabellón con su madrina, á fin de cortejar á su prometida con mayor asiduidad, estaba también en el hotel desde el amanecer, de modo que pudo ser presentado inmediatamente á la condesa Bruce, quien, después de haberle observado con gran fijeza, le dijo bruscamente:

—Reconózcame usted como una servidora...; es usted simpático y no me disgusta... ¡Esto va muy bien, muy bien!...

Después de lo cual le volvió la espalda, se sentó en un sillón y desenvolviendo un gran colcha de punto, se puso á trabajar resueltamente.

Entretanto, la señora Fitz-Gerald, sufría presa de crueles perplejidades, de las cuales habló confidencialmente con la condesa Bruce.

—Querida tía, dijo; ya que ha tenido usted la amabilidad de venir tan temprano, voy á pedirle un favor... Su presencia me redime de un grave aprieto... esperamos para almorzar á una veintena

de parientes y amigos...; tengo una porción de preparativos por hacer y de órdenes que dar... y además vigilar á mis dos enamorados... ¡Hay para perder la cabeza!... Pero, gracias á Dios, está usted aquí para relevarme... Tengo absoluta confianza en la delicadeza del señor Rias... mas, en fin, hay miramientos que importa observar... Después de la boda concluyó mi papel... pero hasta entonces, me parece altamente inconveniente que mi hija y mi futuro yerno se queden solos ni un solo instante. Hasta aquí les he vigilado sin descanso, pero hoy se los confío á usted... ¡Por Dios, cuando yo salga, no les pierda usted de vista!... ¿Me lo promete usted, no es cierto, querida tía?

Mientras ella hablaba, una sonrisita volteriana contraía las facciones marchitas de la condesa Julia, aunque indicó, no obstante, con un signo de cabeza muy acentuado, que admitía la misión que la encomendaban.

La ocasión de que cumpliera su cargo no tardó en presentarse. Terminado el almuerzo, la señora de Fitz-Gerald y su tío fueron á cumplir las obligaciones hospitalarias que les reclamaban, y la madre de la señorita Fitz-Gerald se marchó, después de haber clavado en su anciana tía una mirada expresiva y suplicante.

La condesa Julia se había instalado en el hueco de una ventana, y trabajaba afanosa en su colcha de punto, lanzando con frecuencia miradas severas á María, que ejecutaba una partitura, y sobre Lionel de Rias, que iba volviendo las hojas con aire melancólico. Los dos jóvenes murmuraban un diálogo rápido.

—¡Caballero! dijo la señorita Fitz-Gerald, sin interrumpirse y mirando de soslayo.

—¿Señorita?

—¿Qué le sucede á usted? ¿Tiene usted trazas de mártir?

—Y lo soy.

—¿Cómo?

—¿No ve usted lo que ocurre?

—¿Qué?

—¡Que estamos vigilados por un dragón. La madre de usted es inexorable!...

—Ya sabe usted que la gustan mucho las buenas formas sociales... ¿Y á usted?...

—Me agradan, ciertamente..... especialmente cuando me convienen... Pero, la verdad, su madre...

—Vamos, no hable usted mal de mi madre.

—Ya sabe usted que la adoro... Pero, francamente, creo que debía darse por satisfecha con los dos meses que nos ha vigilado y dejarnos respirar siquiera el último día... ¡Pero nada, nos entrega sin piedad á ese vigia!

—¿Verdad que es muy simpática mi tía?

—No; la encuentro muy antipática.

—¡Cuidado... que no es sorda!

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque, como es lógico, deseo decirla á usted muchas cosas...

—Hable usted... ¡Voy á apoyar el pedal!

El señor Rias se inclinaba hacia el oído de su novia para decir alguna de las mil ideas que pensaba,

cuando una mirada más penetrante y más austera de la condesa Julia, le contuvo repentinamente. La anciana dejó de trabajar y dijo clavando en su cofia su aguja:

—Acercáos, hijos míos... He oido asegurar á personas instruidas, y mi menguada experiencia del matrimonio ha corroborado esta afirmación, que lo mejor del matrimonio está en la víspera de la boda... Me parece, por ende, absurdo á todas luces, que no os dejen disfrutar hoy de entera libertad, y, en virtud de los poderes plenos que vuestra madre me ha conferido, abro las puertas de vuestra cárcel. El tiempo es magnífico. Id á pasear. Ea, hijos míos, marcháos de paseo.

Las mejillas de María se arrebolaron.

—Pero tía...—murmuró tímidamente.

La anciana, sin responder, la cogió de la mano y la condujo fuera del salón por la puerta-ventana que se abría inmediatamente sobre el parque, y Lionel la siguió presuroso, después de besar la mano de aquella hada huraña, pero bienhechora.

Cuando los dos jóvenes se encontraron al aire libre, semejantes á pajarillos, largo tiempo cautivos, que encuentran repentinamente la puerta de su jaula abierta, se quedaron maravillados de su nueva libertad y se miraron riendo, asombrados de su buena suerte. Después, la señorita Fitz-Gévald aceptó el brazo que Lionel la ofrecía.

Cuando se dirigian lentamente hácia una de las alamedas más próximas del parque, vieron que se abría una de las ventanas del piso superior del castillo.

—¡Vuestra madre!—gritó alegremente Lionel;—
¡Estamos perdidos!

Y venciendo la débil resistencia de la joven, la arrastró en una rápida carrera por la parte mas sombría de la alameda.

Bien pronto llegaron á la primera encrucijada del parque, donde se detuvieron para cobrar alientos; la señorita de Fitz-Gérald estaba cada vez más satisfecha de aquella peregrina travesura, y aferrada del brazo de Lionel le interrogaba con voz anhelante y haciendo lindas muecas de espanto.

—¿Cree usted que nos han visto?

Siu duda alguna.

—¿Mi madre?

—Temo que fuese ella.

—¿Y qué piensa usted que hará?

—¡Qué dará parte á la policía!

Y los dos enamorados se echaron á reir.

—¡Escuche usted!—dijo la joven de pronto;—
¡Oigo pasos!

Rías prestó atención.

—Seguramente, alguien viene... Somos perseguidos... ¿Qué le parece á usted, señorita? ¿Nos rendimos?

—¿Ya?...—preguntó ella.

En aquel momento, un ruido de pisadas más cercanas, les hizo huir como dos corzos, internándose al azar en un sendero de caza que culebreaba á través de la maleza. Siguieron por aquel camino rápidamente y durante algún tiempo, y Lionel, que iba delante apartando las ramas y los hierbajos

que embarazaban el paso, se volvía de vez en cuando sonriendo para mirar á su prometida que también le sonreía. De repente, María le vió detenerse y mirar con precaución. Estaban á pocos pasos de una de las avenidas del parque á donde desembocaba el caminito.

—¿Qué hay?—preguntó tímidamente la señorita de Fitz-Gérald;—¿Vé usted algo?

—¡Chitón!... ¡Veo á vuestro tío!... Le envían, probablemente, para prendernos... Va buscando á derecha é izquierda. Viene hácia aquí... ¡pronto, escóndase usted!

Había cerca de allí un grupo formado por dos ó tres encinas añejas cuyos troncos, cubiertos de yedra, estaban casi reunidos. Lionel se recató tras los árboles, mientras la joven se arrodillaba precipitadamente sobre el musgo que tapizaba las raíces. Así permanecieron algunos minutos: él de pié, con un dedo sobre los labios y mirándola; ella palpitante, acurrucada á sus piés como una niña, y contemplándole con dulce semblante embellecido por el placer, la ternura y la inocencia.

El conde Patricio, entretanto, comisionado, efectivamente, por la señora Fitz-Gérald de poner término á aquella entrevista inconveniente, miraba distraídamente en torno suyo, como hombre que cumple un deber en cuya capital importancia no cree. Aún se detuvo para escuchar por última vez, y después se resolvió haciendo con la cabeza y, con la mano un gesto que indicaba su propósito de no seguir la pista. Un instante después había desaparecido.

Convenido Lionel de esta feliz determinación se la comunicó á la señorita Fitz-Gérald y ambos salieron á la alameda.

—¿Y ahora, caballero,—dijo ella,—qué vamos á hacer?

—Sigamos hácia adelante... solos, bajo el cielo azul... ¿No le parece á usted delicioso?

—Sí, delicioso,—repuso María;—le voy á enseñar á usted los sitios que más me placen... Sígame usted, caballero, sin temor...

—Realmente, no sé si tenerlo,—dijo Lionel,—porque estoy seguro de que va usted á perderme.

—No, esté usted tranquilo.

Lionel siguió á la graciosa niña que avanzaba de nuevo á través de los matorrales con la flexibilidad de una culebra. Llevaba unas zapatillas con hebillas de plata y tacones altos que no eran muy idóneos para andar por el bosque y que, no obstante, desempeñaban su oficio á maravilla. Lionel miraba con extraordinario interés aquellas menudas zapatillas, que se posaban en el suelo y tornaban á levantarse con elástica firmeza, despreciando los obstáculos, evitando las raíces, rompiendo los hierbajos y ocultándose á veces entre las hojas secas para reaparecer enseguida triunfantes.

Llegaron al borde de un arroyo que tenían que atravesar por un dique de gruesas piedras cubiertas de musgo húmedo y escurridizo. La señorita Fitz-Gérald atravesó el vado como un pájaro; pero Lionel fué menos afortunado, deslizósele un pié en mitad del camino y no pudo evitar una leve remojadura, que hubiera sido completa si María no se

hubiese apresurado á tenderle una mano desde la otra orilla, mientras los ecos del bosque resonaban con sus alegres carcajadas.

La joven le fué conduciendo así de aquí para allá, por valles y prados, deteniéndole delante de sus sitios predilectos, y ante las perspectivas risueñas ó salvajes que más cautivaban su imaginación juvenil, y á casi todas las cuales había bautizado con nombres simbólicos. Allí estaban la *Sala de baile*, que era una esplanada adornada de un modo extraño con enredaderas que parecían girándulas; después la *Capilla de la ermita*, no lejos de la *Rotonda de las hadas*. Del género trágico la joven le hizo admirar la *Charca criminal*, viejo estanque de agua cenagosa que parecía esconder, en efecto, algún misterio siniestro bajo su oscura superficie; y, finalmente, el *Puente del secreto*, así llamado porque se le suponía cómplice de la *Charca criminal*.

Estos episodios insignificantes servían de tema á sus alegres conversaciones y á sus discusiones alocadas, infantiles é indignas de pasar á la historia, pero que divertían grandemente á los dos jóvenes enamorados; porque cuando el piano está pulsado por el amor, lo de menos es la tonadilla, pues con tan delicioso acompañamiento cualquier música tiene melodía.

Por fin María miró su reloj y lanzó un grito de espanto al ver que habían trascurrido cerca de dos horas desde que salieron del hotel.

—Volvámonos, ya, caballero,—dijo.

—Es lástima—exclamó Lionel.

—Sí.

A pesar del suspiro con que acompañó su respuesta, emprendió la retirada por el camino más corto: conforme se aproximaban al hotel iban quedándose silenciosos, y ya su conversación no tenía la alegre frivolidad de antes. Entonces estaban en la terraza de carpinos que festoneaban el camino.

—¡Dios mío!—murmuró Lionel,—qué emoción y qué intranquilidad sentía yo la primera vez que pasé por aquí.

—¿De veras?... ¿Y, por qué?

—Porque temía no gustarle á usted... y acerté, porque, realmente, no la agrado mucho.

—¿Cómo?... Pues, me parece...

Y remató la frase con una mirada y una sonrisa.

—Sí, después se resignó usted... pero confiese que al principio la disgusté bastante...

—¿En que se funda usted?

—Su recibimiento. Ni siquiera me miró usted...

—Porque ya le había visto.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí—dijo ella indicando el camino.

—¡Hola! Tan joven y ya tan pérfida...—replicó Lionel estrechando apasionadamente el brazo que se apoyaba sobre el suyo.

María agregó después de una pausa:

—¿Cree usted que es verdad lo que ha dicho mi tía, que la víspera de la boda es lo más exquisito del matrimonio?...

—Ahora estoy á punto de creerlo,—respondió Lionel emocionado,—pues me parece imposible que haya una hora más dulce que ésta.

—Eso digo yo también... pero, ¿no seremos siempre, amigo mío, tan dichosos como ahora?

El joven se detuvo y repuso conmovido cogiéndola ambas manos y mirándola á los ojos:

—Para eso basta amarla á usted, María: sí, seremos dichosos... ¡la quiero á usted tanto!

Su voz se enterneció completamente.

—¡Te quiero con toda mi alma!—añadió.

Y la atrajo hácia sí lentamente; ella bajó los ojos, su rostro, alterado repentinamente, adquirió una expresión grave y presentó su frente pura y pálida al joven, que la oprimió largo tiempo bajo sus labios.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROMERO"
IV Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Imaginar que la señora de Fitz-Gérald recibió á los dos fugitivos con reproches y explosiones de cólera, sería desconocerla en absoluto. Aquella escapatoria tan contraria á todas sus ideas relativas á las conveniencias sociales, la dejó estupefacta, pero el colmo del mal gusto hubiera sido exagerar su gravedad, y se limitó á sonreír y encogerse ligeramente de hombros cuando vió á los culpables.

—Sois muy ridículos, hijos míos—dijo;—se portan ustedes como dos novios de pueblo.

—Mamá,—repuso María abrazándose á su cuello,—hemos obedecido á la tía.

30154

—Pero tu tía, querida, tu tía, ya lo debes de saber, es hirsuta... No está acostumbrada á vivir en sociedad; tu tía, en fin, es una mujer de los bosques.

Desde el mediodía hasta la noche, reinó en el hotel una animación extraordinaria. Los diversos trenes de París llegaban continuamente trayendo señoritas, parientes, amigos y testigos, que acudían cargados con sus equipajes. El interesante rodar de los coches en el patio, los saludos de bienvenida, las risas de las jóvenes y los gritos de los criados que subían y bajaban los baules por las escaleras, todo forma una confusión y un barullo indescriptibles. La señora Fitz-Gérald y su hija, secundadas por el conde Patricio, se ocupaban en recibir á sus huéspedes y en guiarles por el dedalo de corredores hasta dejarles instalados en sus respectivas habitaciones. Lionel, en cuanto su situación se lo permitía, prestaba su concurso con cortés afabilidad, aunque para sus adentros le pareciese que aquella fiesta sólo ofrecía un mediano interés. Solamente una persona permanecía agena á todo aquel movimiento, y era la condesa Julia que, sentada siempre delante de la ventana, continuaba sus labores con imperturbable serenidad.

A tan tumultuoso barullo sucedió bien pronto el suave roce de los vestidos de seda arrastrados por los pasillos y las escaleras. Una comida régia reunió á todos los invitados en una vasta galería rodeada por un marco odorante de verdura y de flores; y luego pasaron de la galería al salón animados por ese buen humor expansivo y esa reciproca

simpatía que son, en todas las clases sociales y bajo todas las latitudes, las consecuencias obligadas de una comida confortable.

Mientras se bebía el café, la señorita de Fitz-Gérald se creyó en la obligación de presentar particularmente á su prometido á dos mujeres jóvenes, la duquesa de Estrény y la señora de Chelles, que eran, como la señora de Lorrís, primas suyas y amigas de la infancia.

La señora de Chelles, reidera, petulante y de descocados ademanes, tenía en aquel momento en el fondo de sus ojos negros, una expresión singular de profundo ensimismamiento.

—Querida,—exclamó con su voz brusca y dirigiéndose á la señorita Fitz-Gérald;—la primera vez que vaya á los *Bouffes Parisiens* ó al *Palais-Royal*, iré contigo. Quiero conocer tus primeras impresiones... Es muy gracioso, ya verás... Yo me casé, principalmente, por ir á esos teatrillos..... Pero ya empiezo á cansarme de ellos, porque mi marido me lleva continuamente.

—Me parece que no debe usted quejarse, querida mía,—dijo el señor Chelles que intervino atusándose su bigote azafranado,—Yo tengo un sistema,—añadió sentenciosamente, pues era de esos cuya gravedad aumenta con el vino;—mi mujer comparte todos mis placeres; no soy egoísta... Asocio á mi mujer á mis gustos... Me divierten los teatrillos en que se dicen chistes picantes... y llevo á mi mujer conmigo. Soy aficionado á las carreras de caballos... pues con mi mujer. Asisto al baile de La Opera... con mi mujer cogida del brazo.

Voy á cenar con algunos amigos después del baile... no importa, mi mujer cena con nosotros.... Una mujer debe ser el camarada de su marido.... ¡Ese es mi sistema!

—¡Válgame Dios!—dijo la señora de Chelles;— es usted un mentecato con su sistema... ¡Me pierde usted, amigo mío!... Y eso que no le tomo en consideración...

Y le volvió la espalda, lanzando una carcajada.

La duquesa de Estrény era rubia, flexible y elegantísima, con unos ojos llenos de languidez y aún de melancolía. Estaba triste porque su marido el duque, que indudablemente la amaba, no la amaba románticamente. Cuando su prima le presentó al señor Rias, le miró con expresión de doloroso interés, y luego exclamó abrazando á la señorita Fitz-Gérald:

—¡Caballero, quiérala usted mucho!...

—¡St!—exclamó simultáneamente detrás de ellos una voz sonora y jovial;—pero, ¡diablo! amadla á todo trapo... Ahí está todo. Hágalo usted así, querido Lionel,—agregó el duque de Estrény, que era un hombre guapo y de atlética apostura;—hay que amar á las mujeres románticamente ó no casarse... Esta pobre duquesa se desespera conmigo porque no canto trovas, al pié de su ventana ni escribo versos... ¡Pero, Dios santo, si yo no sé escribir versos!... ¿Qué quiere usted?... Así nací; no sé escribirlos...

Y recalcaba estas palabras con ahinco, como queriendo significar que, aunque no fuese poeta, se consideraba prosista de los más distinguidos,

Durante esta parrafada la duquesa se quitaba los guantes y ajustaba sus sortijas con absoluta indiferencia; y cuando el duque concluyó de decir sus alegres ocurrencias, se volvió tranquilamente hácia la señorita de Fitz-Gérald, preguntando:

—¿Vamos?

Las dos se dirigieron al piano. La duquesa empezó remediando la indignación de su alma con un diluvio de escalas cromáticas, y enseguida los compases de un vals ejecutado á cuatro manos, resonaron bulliciosamente en el salón, haciendo palpar el corazón de las jóvenes invitadas.

Poco después fué Lionel á sentarse junto á la marquesa de Veyle, que asistía con aire triunfal á aquella fiesta de familia.

—Querida madrina,—dijo el joven con gravedad:—¿tengo tiempo aún de arrepentirme?

—¿Cómo de arrepentirse?—gritó la marquesa saltando de su sillón;—¿está usted loco, hijo mío?

—Lo estoy, seguramente, por la señorita de Fitz-Gérald.

—Pues entonces, ¿qué quiere usted decir?

En aquel instante Maria pasó valsando por delante de ellos, é inclinándose rápidamente y sonriendo, murmuró en voz baja:

—¿Qué está diciendo, señora?

—Que está completamente loco por tí.

—¡Oh, qué excelente locura!—exclamó la joven alegremente tornándose á lanzar en el torbellino del baile.

—Nunca,—continuó diciendo Lionel—he podido apreciarla como hoy. Es buena, sencilla, tierna y

recatada... ¡Es una criatura encantadora, un ser angelical!...

La señorita Fitz Gérald, comprendiendo, que seguían hablando de ella, detuvo por segunda vez á su pareja.

—Y ahora, ¿qué está diciendo?—preguntó á media voz.

—¡Dice que eres un ser incomparable.

—¡Está verdaderamente loco!—dijo la joven.

Y volvió, radiante de contento, á los brazos de su pareja, que sonreía galantemente aunque nada de aquello le divertía.

—Y, no obstante—prosiguió Rias—ésta noche me hallo acosado por ideas siniestras.

—¿Qué ideas, amigo mío?

—He advertido un detalle espantoso. Tenemos entre nuestros invitados seis ó siete matrimonios que no han sido escogidos apropósito, si no que son como la generalidad... y no hay uno solo que no esté malquistado y desunido... Mire usted á su alrededor; la desafío á que me desmienta.

La anciana marquesa lanzó una mirada por el salón y repuso haciendo con los labios un esguince burlón:

—Es cierto que no está aquí la flor y nata de los matrimonios.

—Pues bien, yo me digo... lo digo con amargura, que todos esos individuos ó por lo menos, la mayor parte, se habrán amado como la señorita Fitz-Gérald y yo nos queremos; que habrán gozado en el día víspera de su boda, de horas tan abastadas de esperanzas y de encantos como las nuestras, y

concluyo que debe de haber en nuestra civilización, y particularmente, tal vez, en nuestra sociedad, causas generales que alteran la esencia del matrimonio, infiltrándole un germen nefando.... que esteriliza por anticipado las disposiciones más generosas y sinceras, convirtiendo casi infaliblemente en una institución de odio y de luchas, lo que debió ser una institución de paz y de amor... ¡Y no podéis dejar de confesarme que estos pensamientos son terribles para un hombre que se casa mañana!

—Pero, Dios mío, no busque usted imposibles, hijo,—exclamó la marquesa:—no existen esas causas generales, ni ese germen fatal... no hay nada de todo eso... Ya he tenido el honor de decírselo á usted en otra ocasión: hay malos maridos y nada más.

—¡Es que yo rechazo vuestra teoría por demasiado absoluta!—gritó Lionel.

—Permítame usted, amigo mío... Examinemos á todos esos maridos, se lo ruego á usted... Ahí tiene usted, en primer lugar, al duque de Estrény... Seguramente es un hombre simpático... y hasta si quiere usted, confieso que es buen marido... pero es un soberano badulaque. Su esposa es joven delicada y sentimental como el rocío... y él es un cerrajero... un verdadero cerrajero... que no deja de mofarse de su inocente manía romántica... Pues bien; la mortifica, la exaspera... y ya verá usted cómo ella concluye por encontrar alguno que la comprenda, eso es indiscutible... ¿Y, quién tendrá la culpa?... Examinemos ahora á Chelles, ese chisgaravis...

—¡Oh, de Chelles no hablemos!—exclamó Lionel;—trata á su mujer como á un amigo... ¡es un tonto!

—Y van dos—dijo la marquesa;—pues los otros son muchísimo peores. Usted sabe que el señor de Eblis ha empezado por hacer que su querida presente en sociedad á su mujer... ¡Buen modo de empezar! Allí tiene usted otro cuya sórdida avaricia ha obligado á su mujer á recibir toda clase de expedientes, de deudas y la secuela que esto trae consigo. Ya lo sabe usted, si acaso lo ignoraba..... Charny, por el contrario, no es avaro... y acaba de regalar á no recuerdo qué atriz de *Varietés*, un tronco de caballos tasados en veinticinco mil francos, mientras los de su mujer valdrán tres mil, á lo sumo... Y estad seguro de que la infeliz encuentra á la otra todos los días en el bosque de Bolonia, papeloneando aquel boato cuya procedencia conoce... El señor Lastère es un hombre sério, demasiado sério...; quiere ser ministro y se ocupa de economía política; pero como su mujer no entiende nada de eso, la menosprecia y abandona... En cambio se compadece de ella, y la envía todos los amigos que encuentra en el *boulevard*: «Vaya usted á visitar á mi mujer... vaya usted á acompañar á mi mujer... vaya usted á oír cómo toca el piano mi mujer»... etc. Ese pobre Laumel tiene aficiones más pacíficas; es modesto, tímido y desconfía de sí mismo...; tiene miedo de las actrices, de las mujeres de mundo y hasta de su esposa... pero en cambio se atreve con las criadas de su casa... con ellas se consuela... De suerte, amigo mío, que debe usted tranquilizarse.

—¡Dispéñseme usted, ahora menos que nunca!—repuso Lionel riéndose, apesar suyo, de aquella despiadada enumeración.—En primer término me cuesta mucho trabajo creer que las consortes de esos caballeros sean todas candidas víctimas irresponsables de las maldades de sus maridos... Pero, aún suponiendo que así sea, dificulto que haya ningún hombre que pueda lisonjearse de no ser juzgado desfavorablemente por usted... pues, á juzgar por lo que dice, el que no es malo, es torpe... ¿Y cuántas clases hay de torpes?

—Hay cien mil, amigo mío—dijo la marquesa—y especialmente una, que consiste en quintesenciar las cosas filosofando con su vieja madrina, en vez de ir á bailar con una mujer que lo está deseando.

Esta sapientísima indicación determinó al señor Rías á cumplir con una obligación que era su mas grato placer, y bien pronto olvidó las enfadosas preocupaciones que momentos antes le habían obsesionado bajó las miradas de los azules ojos de su prometida.

El día siguiente, que era el elegido para la celebración del matrimonio, fué insoportable para Lionel. Poco tiempo antes el joven había insinuado tímidamente á la señora de Fitz-Gerald, su deseo de que el matrimonio civil y religioso se efectuase á las seis de la mañana ó á media noche, y en la mayor intimidad. Pero la señora de Fitz-Gerald rechazó esta proposición, considerándola como una excentricidad salvaje que hubiese dado á la boda de su hija una especie de carácter clandestino in-

conveniente, y el matrimonio se verificó á medio-día, á toque de campana y con gran regocijo del público; y el pobre Lionel tuvo que soportar la curiosidad de la multitud, los abigarrados colorines de los cocheros vestidos con libreas nuevas y de los caballos enjaezados, y toda esa aparatosa barraunda, á la vez brillante y vulgar, de los casamientos.

Durante la religiosa ceremonia, que fué lo único que agradó y conmovió al señor Rías, advirtió éste un hecho que podía justificar las teorías de su madrina. Entre los concurrentes, la mayoría de los hombres afectaban actitudes distraídas, indiferentes ó un tantico irónicas; mientras las mujeres tenían un fervor apasionado y permanecían arrodilladas en sus sillas, sumidas en un misterioso recogimiento; algunas lloraban y todas parecían recordar angustiadas que también hubo en su vida una hora como aquella, pura, pletórica de confianza, de grandes esperanzas y de dulcísimos juramentos que hubieran deseado cumplir.

Al principio habían pensado en concluir la fiesta marchándose inmediatamente los recién casados á Escocia ó á Italia, pero la señora de Fitz-Gérald rogó á su yerno que no se llevase á María tan pronto y Lionel, que era demasiado parisinopara que los viajes le agradasen, accedió gustoso, á esta petición.

Fuerza es confesar que al día siguiente se arrepintió, cuando tuvo que presentarse en el salón á la hora del almuerzo delante de una docena de amigos y parientes que aún quedaban en el hotel.

En casos tales, aún los hombres más corridos, no saben qué hacer: la sonrisa es torpe, la risa extemporánea, ridículo el abatimiento y el aire de triunfo, grosero. El aspecto habitual es el mejor, pero es imposible conservarlo.

En cambio la señora de Rías tenía el diabólico aplomo de las recién casadas, y sirvió el té como de costumbre, sonriendo dulcemente, con expresión plácida y límpidos ojos.

Aquella misma mañana se fué del hotel la condesa Julia. Una vez en el coche se despidió de su sobrina y después de abrazarla deslizó en su oído esta prudente máxima:

—Acuérdate siempre, pobre niña mía, de que la mujer nació para sufrir... y el hombre para que le sufran.